

MA.- En Cervantes hay un ser tan complejo, tan brillante... Es un fenómeno sobrehumano. Ocurre como con Shakespeare. Siempre da en el centro de la diana. No le encuentras un solo punto flaco. Es un fenómeno especial. Es un gran desafío. Eso es de un valor inmenso. Cervantes para mí es una gran fiesta, un gran banquete de cosas exquisitas. Es único y valiosísimo. No te da nunca ideología. A Erasmo lo ha asimilado, pero al mismo tiempo se despega de él. Ha hecho exactamente lo que tenía que hacer, que no era enseñar esto o lo otro, sino señalar los problemas. De él se cuenta que indica que las cosas son más complejas de lo que parece. No se puede lanzar uno a la acción. Posee el espíritu crítico, tratando de pensar las cosas dos veces... reflexionad, pensad...; es admirable. Hay otros casos muy distintos como el de Quevedo que era un loco genio o un genio loco. Su cabeza funcionaba de manera anómala. Me acerco a él en pequeñas dosis, con prudencia, para que no me contagie. *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás...* je, je, je. ¡Qué título! Cómo estaría esa cabeza. La mayoría me han dicho que tiene una actitud muy bizarra, mezclándolo todo, en una confusión mental monstruosa. Va inventando cosas cada vez más locas. San Juan de la Cruz, por otro lado, me da miedo, yo no sé lo que pasaba, pero ese hombre ha visto cosas que no vemos los demás, es una experiencia anómala. Mis dotes no me permiten, ya que este hombre tiene una clase de experiencia...; es el verbo. Que por una parte yo creo que se debe a una profunda presencia de lo oriental. La gramática allí está totalmente pervertida por experiencias internas ante las cuales lo que tienes que hacer es rendirte a ellas. De Quevedo temo contagiarme, y a San Juan de la Cruz no me atrevo a acercarme. Son dos autores que me dan miedo por razones distintas. El pensamiento funciona en San Juan a través de intuiciones, con gran brillantez. Santa Teresa es una manipuladora del lector, uno la ve venir, y es muy simpática, pero San Juan...

José Antonio González Alcantud

**SEMINARIO EJÉRCITO, NOBLEZA Y SOCIEDAD:
EL REINO DE GRANADA Y OTROS ESCENARIOS DE LA
MONARQUÍA HISPÁNICA (SS. XVI-XVII)**

No cabe duda de que la Historia militar ha recuperado recientemente un dinamismo y un esplendor de los que no gozaba desde mucho tiempo atrás. Aparte de los libros y artículos de excelente factura que se están publicando, se han celebrado en los últimos meses varias reuniones científicas de diversa naturaleza que dan buena cuenta de la recuperación de esta tradicional rama histórica. En marzo de 2005 se dieron cita en Madrid muchos de los mejores especialistas en la materia en torno a un congreso ambiciosamente organizado. Poco después,

en noviembre, comenzó la andadura de *Columnaria*, una red internacional de historiadores creada en Murcia para el estudio comparado de las fronteras de las Monarquías ibéricas. Finalmente, el 27 y el 28 de enero de 2006, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada acogió el último de estos acontecimientos, el seminario científico *Ejército, nobleza y sociedad: el reino de Granada y otros escenarios de la Monarquía Hispánica (ss. XVI–XVIII)*, organizado por Francisco Andújar Castillo y Antonio Jiménez Estrella, dos de los más valiosos responsables del florecimiento de esta historia militar de nuevo cuño, ahora en boga, y financiado por el proyecto de investigación *El Reino de Granada en la Edad Moderna. Instituciones y relaciones de poder*.

* * *

La primera sesión de este seminario, celebrada el día 27 por la mañana, fue abierta por Juan Luis Castellano Castellano, de la Universidad de Granada, que en su intervención ofreció un variado repertorio de citas y referencias históricas de la gloria que el ejercicio o el fomento político de las armas habían reportado a personajes de la talla del Gran Capitán, el marqués de Pescara, Carlos V o el conde duque de Olivares. Indudablemente, la fama militar proporcionó una enorme “reputación” tanto a la Monarquía como a sus hombres más destacados, pero ¿pudo hacerlo también la *Pax Hispanica* de Felipe III y el duque de Lerma? Castellano apostó por contestar con una afirmación a este interrogante y concluir que una política de paz puede garantizar tanta reputación como otra que apueste por la fuerza como medio para conseguir sus objetivos.

David Alonso García, de la Universidad Complutense de Madrid, centró su exposición en el aparato financiero que subyace tras la guerra y su influencia sobre los resortes del poder en la Corte española durante la época de las Regencias. Figuras como los “obligados a guardas”, que adelantaron dinero para sufragar los gastos militares, no sólo obtuvieron beneficios de un 3% cuando les fueron devueltos sus préstamos, sino que entablaron una relación clientelar con personajes como el tesorero general Francisco de Vargas que les permitió ocupar cargos como veedurías. Para muchos de estos hombres, cuyo estudio personalizado alentó Alonso García, la expansión del ejército fue un negocio, pero, conscientemente o no, su actividad llenó de alguna manera el vacío de poder creado tras la muerte de Isabel la Católica hasta que Carlos V llegó a España.

Juan Francisco Pardo Molero, de la Universidad de Valencia, manifestó su interés por el estudio de la transición en Aragón durante la primera mitad del siglo XVI del sistema medieval de milicias concejiles a las primeras tropas regulares. Es una investigación aún por realizar y que plantea algunas cuestiones previas de indudable interés y nada fáciles de resolver. La ausencia de hojas de servicio, por ejemplo, dificulta el esclarecimiento de la continuidad entre ambos tipos de cuerpos, que, según Pardo, podría encontrarse en las escuadras.

Problemas de este tipo esperan una solución para poder echar luz sobre este aspecto de la historia aragonesa.

I. A. A. Thompson, de la Universidad de Keele, se enfrentó a un tema clásico: el desapego de la nobleza al servicio de las armas. Este problema, tantas veces planteado, no ha podido ser cerrado nunca de forma totalmente satisfactoria, porque la documentación militar no nos informa con la suficiente minuciosidad sobre la composición social de los ejércitos. Esto nos obliga a trabajar sobre apreciaciones emitidas por la Administración o personas supuestamente representativas de la opinión social, fuentes todas muy inciertas. En el primer caso, tribulaciones como las que afectaban a Olivares acerca de la “falta de cabezas” podrían no ser más que un tópico; en el segundo, la profusidad de las críticas a los nobles por huir de sus obligaciones no parece ser casual. Aunque la guerra permaneció como ideal estamental, podría decirse, en líneas generales pero sin posibilidad de cuantificar, que desde mediados del siglo XVII la nobleza dejó aparcadas sus tradicionales funciones militares.

Antonio Jiménez Estrella, de la Universidad de Granada, cerró la sesión hablando de las tenencias de las fortalezas granadinas. Los viejos sistemas defensivos habían perdido mucho de su valor estratégico, pero su administración siguió siendo socialmente interesante, tanto que en algún caso se llegó a pagar incluso 30.000 ducados por su control. Quienes invertían cantidades tan abultadas pretendían satisfacer intereses personales como prestigio personal, entrar en algún concejo, apropiarse de los bienes inmuebles de las fortalezas o poseer un oficio que, como los hábitos militares, había sido visto tradicionalmente como prueba de hidalguía. Sin embargo, descuidaban el funcionamiento y mantenimiento de las fortalezas, que pronto se resintieron de la dejadez de individuos cuyos únicos méritos eran el dinero y saber aprovechar las necesidades económicas de una Monarquía en crisis para conseguir sus objetivos personales.

Por la tarde, se reanudó el seminario con su segunda sesión, comenzada por Valeriano Sánchez Ramos, del grupo de investigación de Andalucía Oriental y sus relaciones con América. En vez de depender de las viejas crónicas, su labor investigadora sobre la guerra de las Alpujarras se basa en aportaciones documentales que le permitieron ofrecer una visión muy renovada del generalato de don Juan de Austria que rompe mitos persistentes y aporta ideas nuevas. Según Sánchez Ramos, la famosa capacidad como estrategia del hermanastro de Felipe II, por citar un caso concreto, no existía cuando asumió la dirección de la guerra. Don Juan llegó acompañado por un equipo de generales que lo asesoraba y que era el que realmente estudiaba las situaciones y tomaba decisiones. Otras cuestiones, relacionadas con temas como la conflictividad dentro del ejército filipino o la continuidad entre la oficialidad de Lepanto y los soldados que combatieron en las Alpujarras, pueden ser también sometidas a revisión.

M^a del Carmen Saavedra, de la Universidad de Santiago de Compostela, retomó el tema del desapego de la nobleza a las armas en una época que regis-

tró importantes novedades en Galicia. Por un lado, entre finales del siglo XV y comienzos del XVI, bajo la influencia de la guerra de Granada, cambió el modelo de unidad militar, desapareciendo las mesnadas señoriales y triunfando en su lugar el levantamiento de peones. Por otro, la actividad militar creció en Galicia a lo largo de los siglos XVI y XVII, tanto en lo concerniente a su propia defensa como para asistir a la Monarquía en sus guerras exteriores. Dentro de este panorama, los hidalgos consiguieron controlar las milicias a fines del XVI y la pequeña nobleza de las ciudades se benefició de la organización de la actividad militar.

Alicia Esteban Estríngana, de la fundación Carlos de Amberes y la Universidad Complutense de Madrid, ofreció una visión concisa y rigurosa de la guarda de archeros de corps desde el reinado de Felipe II al de Felipe IV. Los archeros fueron súbditos flamencos, seguramente extraídos de estratos sociales elevados, que formaron la guardia personal del Rey Prudente. Aunque Felipe III supo favorecerlos y fomentó su corporativismo, durante su reinado los archeros pasaron a Flandes para servir a los Archiduques Alberto e Isabel. No volverían a España hasta 1624, cuando Felipe IV los llamó y se interesó por su servicio, renovando en 1626 el *tour de role*. La profesora Esteban se interesó por un proceso evolutivo que calificó de “hispanización” de los archeros, dándose la circunstancia de que con el tiempo muchos de ellos, descendientes de los primeros flamencos que entraron en la guarda, nacieron en Castilla.

La última intervención del día fue la de Antonio J. Rodríguez Hernández, de la Universidad de Valladolid, para quien la actividad militar en Granada durante la segunda mitad del siglo XVII debe ser observada desde su doble dimensión de defensa propia y contribución a los conflictos bélicos sostenidos por la Monarquía en otros escenarios. En referencia a lo primero, Granada estaba defendida por su guarnición costera, cuyos efectivos aumentan en la época referida hasta hacerse superior a las de otras regiones españolas. Por su parte, los tercios de Granada también ofrecen peculiaridades propias, porque, aunque eran milicianos, parecían profesionales en algunos aspectos como la temporalidad. Pese a que los efectivos servían sólo por una campaña, ya en 1662 invernarón en Extremadura; los altos cargos eran considerados profesionales y para todo el cuerpo Rodríguez Hernández llega a la conclusión de que “semiprofesionalidad” podría ser un concepto útil para clasificarlo.

La tercera y última sesión del seminario tuvo lugar la mañana del sábado 28. Mientras que las dos primeras habían sido dedicadas a los siglos XVI y XVII, ésta avanzó cronológicamente para fijar su atención en el Setecientos. Jean Pierre Dedieu, LARHRA, CNRS, Lyon, inauguró la jornada abordando algunas cuestiones referentes a “lo militar en el siglo XVIII”. Como punto de partida, distinguió entre guerras del Rey y del Reino, porque el grado de colaboración de éste va a variar en función de esta tipología. Aun así, lo militar fue empleado por el Rey para burlar la normativa que limitaba legalmente su poder. El con-

cepto de la “urgencia” fue muy útil a los monarcas en este sentido, así como la vía reservada para marginar al Consejo. Gracias a estos medios, los reyes eliminaban o relegaban a un segundo plano lo que no dependía de ellos y de esta manera conseguían aumentar su poder. A pesar de esto, lo militar también benefició al pueblo. Según Dedieu, “España era un cuartel lleno de militares”, en tanto que la pertenencia al ejército constituía una fuente de prestigio y una vía de ascensión social.

A continuación, Thomas Glesener analizó importantes cambios en la naturaleza de la guardia real durante el reinado de Felipe V. Éstos iban orientados a una militarización de la Casa Real parecida a la que había realizado en Francia el abuelo del soberano, Luis XIV. Mientras que los archeros habían representado la fidelidad de un territorio concreto, los archeros eran clientelismo puro. Se pasaba de una guardia territorial a otra dinástica, presumiblemente más identificada con el Rey. La militarización también era una forma de alejar la guardia de destacados personajes de la Corte con poca influencia en este ámbito. Se trataba de una tarea de institucionalización destinada a reforzar el poder regio.

Óscar Recio Morales, del Trinity College de Dublín, explicó la situación en que quedó el irlandés conde de O’Reilly tras el fracaso de la expedición a Argel que dirigió en 1775. Utilizando un amplio abanico de testimonios literarios, reconstruyó el imaginario anti-irlandés que floreció tras las derrota militar y que se cebó especialmente con O’Reilly. Roto el discurso que identificaba a los irlandeses con el servicio al Rey y a la Iglesia romana, las ideas ahora predominantes confundían la identidad de éstos con la de los ingleses, ponían en tela de juicio su compromiso con el catolicismo y subrayaban su incapacidad como nación, sobre todo para lo militar. O’Reilly fue atacado personalmente por sus supuestamente oscuros orígenes familiares, su mera condición de extranjero y su fracaso como estratega.

El seminario finalizó con Francisco Andújar Castillo, de la Universidad de Almería, que trató la vinculación entre la carrera militar y las posibilidades de ascensión social en la Granada del siglo XVIII. Teóricamente, un currículum adornado con brillantes actuaciones militares debería proporcionar los cargos militares de más prestigio; sin embargo, la realidad tenía muy poco que ver con esto, tal y como demostraban los datos aportados por el profesor Andújar. El ejército constituyó, efectivamente, un espacio de promoción social, pero entre quienes eran premiados con los mejores puestos había un porcentaje sorprendentemente alto de hombres (y niños) que contaban con una experiencia militar muy corta o simplemente inexistente. Evidentemente, detrás de estos nombramientos podía escucharse “el sonido del dinero”. En la Granada del siglo XVIII —en España entera, en realidad—, la venalidad era un medio más práctico y seguro que el mérito para medrar en la milicia.

* * *

Estas intervenciones y el debate que fueron suscitando delimitaron con nitidez las características de la actual Historia militar, con sus virtudes y sus deficiencias. Uno de los aspectos más destacados es, sin duda, la internacionalidad de su objeto de estudio. Frente a otros campos tendentes al regionalismo y al localismo cerrado, se observa en éste una amplitud de miras que seguramente debe algo a la naturaleza de la materia, pero mucho más a una opción deliberadamente escogida por quienes la cultivan con tan buen tino¹. Otro rasgo llamativo es la tendencia a arrinconar el análisis del diseño estratégico y la ejecución de las acciones bélicas. Aunque, por supuesto, queden historiadores interesados por estas cuestiones (Geoffrey Parker, por ejemplo), lo que más interesa en estos momentos es comprender la relación de la guerra y el ejército con la sociedad, los espacios de poder, las elites financieras, etc. De hecho, uno de los participantes en el seminario, David Alonso, reconoció que ni siquiera se consideraba historiador militar y ello no le impidió realizar aportaciones de innegable trascendencia y participar activamente en el debate. Este fenómeno es paralelo a la mayor atención que historiadores clásicos de la Economía como Bartolomé Yun, Juan E. Gelabert o Antonio M. Bernal están prestando a la incidencia de la Historia política y militar sobre el desarrollo económico y fiscal de la España Moderna e incluso a su formación como nación. Todo junto demuestra que cada vez entendemos mejor el carácter global de la Historia y sobre todo la interrelación entre sus diversos elementos componentes. La vieja oposición entre la historia de estructuras y la puramente “evenemencial” se va quedando claramente obsoleta y de una forma natural y por caminos distintos nos orientamos a un paradigma histórico verdaderamente global.

Frente a estos aspectos positivos, también pueden detectarse carencias que urge remediar. La más preocupante de ellas es la pobreza conceptual. Esta historia militar que se renueva abriéndose a la interdisciplinariedad y la internacionalidad no es capaz de definir muchos términos y expresiones que maneja frecuentemente. Algunos son muy concretos, como la “falta de cabezas”, para Thompson un simple tópico y para Esteban Estríngana un reflejo de la carencia de liderazgo en el ejército de Flandes tras la marcha de Spínola. Es relativamente normal que no haya consenso total sobre puntos como éste, pero no tanto que falte sobre un concepto tan fundamental e influyente como el de la “reputación”, sacado a colación por Juan Luis Castellano y sobre el cual el debate no condujo a nada claro. Sin embargo, la verdadera dimensión del problema la sacó a

1. Es también un aspecto sobresaliente del enfoque teórico de *Columnaria*, integrada por historiadores de diversos países de Europa y América para estudiar fronteras situadas en puntos tan lejanos como la Araucanía o Flandes.

relucir Francisco Andújar, que llamó la atención sobre el hecho de que ninguno de los historiadores militares que allí se encontraban había dado siquiera una definición al término “soldado” que todos compartiesen. Ninguna de las que se propusieron mereció la aceptación general de los presentes, lo cual demostró que Andújar estaba en lo cierto. La insinuación de que el concepto “noble” podía encontrarse con similares problemas detuvo un debate que probablemente debería haber continuado y que sin duda deberá hacerlo, porque la historia militar difícilmente podrá lograr un verdadero progreso mientras soporte el peso de semejante lastre².

Reuniones académicas como este brillante seminario granadino deberían permitirnos avanzar por los caminos que se van abriendo y rectificar los errores que se hayan cometido en el pasado. Ojalá no tardemos en disfrutar de otro acontecimiento como éste: científicamente riguroso, variado, ameno y enriquecido por el debate.

José Manuel Díaz Blanco
Universidad de Sevilla

2. En los primeros pasos de *Columnaria* se asistió a un problema idéntico. El significado del término “frontera” se acabó relativizando hasta tal punto (dándosele las acepciones de barreras sociales, diferencias entre realengo y señorío, aduanas...) que una de las asistentes, Francesca Cantù, de la Universidad de Roma III, solicitó una clarificación conceptual que en realidad no llegó a producirse nunca.